

Liahona MÉXICO

Mensaje del Setenta de Área



Por el **élder**
Nicolás Castañeda

VIVIR COMO SOCIOS DEL SEÑOR

“Como recompensa de su diligencia y para su seguridad; por alimento y por vestido...”¹



La ley del diezmo se nos ha dado como una protección, a fin de convertirnos en “socios del Señor”. ¿Cómo sería si usted fuese socio de alguna persona exitosa o una gran empresa? ¿Cómo se sentirá Nuestro Padre Celestial con Sus hijos que contribuyen a la edificación de Su reino aquí en la tierra? ¿Por qué es un privilegio para nosotros unirnos como “socios” de Él para llevar a cabo Su obra?

A fin de responder estas preguntas, les compartiré una experiencia. Hace tiempo visité un centro de reuniones y me acerqué a saludar a un grupo de personas que trabajan arreglando los jardines en

las capillas, me enteré que no eran miembros de la Iglesia. Les pregunté: “¿Qué impresiones o pensamientos tienen sobre estos edificios mientras trabajan aquí?” Uno de ellos expresó, “¡Es interesante, es... emocionante!” Los demás sonrieron.

Luego les pregunté: “¿Saben de donde provienen los fondos para construir y mantener estos edificios?”, respondieron que no lo sabían. Proseguí: “¿Para qué fin se construyen?” Uno de ellos contestó: “para acercar a las personas a Dios”. Entonces les dije que los edificios son lugares que han sido construidos y dedicados con el propósito de que se enseñe el Plan de Salvación, a fin de efectuar ordenanzas que nos ayuden a regresar a la presencia de Dios. Les expliqué que los miembros fieles de todo el mundo vivimos la ley del diezmo y que eso hace posible su edificación y mantenimiento. Volví a preguntar: “¿Por qué existen personas dispuestas a aportar aquí el diez por ciento de sus ingresos?” No obtuve respuesta, así que expresé mi testimonio de que he sido muy bendecido por participar en el engrandecimiento de la obra de Dios, a través del pago de los diezmos.

Finalmente pregunté: “¿Qué están sintiendo en estos momentos?” Expresaron: “Gozo, paz...” y uno de ellos dijo: “Quisiera seguir escuchando más”. Tuve la oportunidad de proporcionar su nombre a los misioneros y este hombre recibió



un bautismo con su esposa. Cuando pagamos el diezmo del Señor, demostramos nuestra gratitud al reconocer la fuente de todas las bendiciones que recibimos a diario. También es una prueba de que tenemos fe en Sus promesas, en lugar de confiar en el “brazo de la carne”,

(2 Nefi 4:34). A fin de cuentas, nos demostramos a nosotros mismos que ponemos al Señor en primer lugar y que en verdad lo amamos sobre todas las cosas.

Además de la seguridad de recibir cosas materiales, son muchas las bendiciones que obtenemos por el pago íntegro





del diezmo. La primera bendición que he experimentado es gozo, esta dulce sensación que trae la obediencia y la alegría de ser partícipe de esta gran Obra. Es un indescriptible sentimiento del Espíritu que llega al corazón brindando paz, amor y la confirmación de que todo va a

estar bien. Las preocupaciones sobre la economía se alejan, como resultado la carga abrumadora se aligera.

Al preguntarle a un joven recién relevado de su servicio misional acerca de las bendiciones que recibe al pagar sus diezmos, dijo: “Hay mucha claridad en mi

mente que me ayuda a tomar buenas decisiones. Tengo éxito en mis proyectos, pues en todo lo que hago siento la confianza de saber que El Señor trabaja a mi lado” (Josué 1:8). Sin duda este ex misionero ha experimentado lo que significa ser “socio del Señor”.

Cuando no recibimos lo esperado es posible que lleguemos a pensar, “El Señor me debe”, pero es necesario recordar que ante Él siempre seremos deudores. En el Libro de Mormón el rey Benjamín expresó claramente este concepto: “Él requiere que hagáis lo que os ha mandado; y si lo hacéis, Él os bendice inmediatamente; y por tanto, os ha pagado. Y aún le sois deudores; y lo sois y lo seréis para siempre jamás...” (Mosiah 2:24).

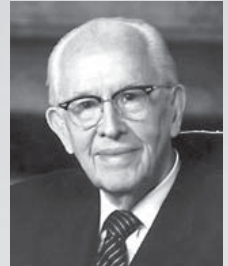
Resolvamos en nuestro corazón vivir la ley del diezmo de manera íntegra; les prometo que seremos un pueblo bendecido, nuestros hijos serán protegidos en lo temporal con alimento y el sustento necesarios. En lo espiritual su fe aumentará, su testimonio y amor por el Evangelio crecerán, lo cual será una protección contra el adversario. Al ver nuestro ejemplo ellos también lo vivirán, lo enseñarán a sus propios hijos y a los hijos de sus hijos, y nuestra “sociedad con el Señor” será una bendición eterna. ♦

Referencias

1. D. y C. 70:15-16
2. 2 Nefi 4:34
3. Josué 1:8
4. Mosiah 2:24

El equipo de edición compartirá en los siguientes ejemplares sus diez discursos favoritos. Esperamos que sean de su agrado.

CUIDAOS DEL ORGULLO



Por el **presidente Ezra Taft Benson**
(1899 - 1994)

*“El orgullo es el pecado universal, el gran vicio. . .
El orgullo es la gran piedra de tropiezo de Sión.”*

Mis amados hermanos, me regocijo de estar con vosotros en otra gloriosa conferencia general de la Iglesia. Cuan agradecido estoy por el amor, las oraciones y el servicio de los devotos miembros de la Iglesia que hay en todo el mundo.

Quisiera elogiar a los santos fieles que están esforzándose por inundar la tierra con el Libro de Mormón y absorber sus enseñanzas ellos mismos. No sólo debemos sacar a luz, de manera extraordinaria, más ejemplares de este libro, sino que debemos hacer penetrar en nuestra propia vida y en toda la tierra más de sus maravillosos mensajes.

Este libro sagrado se escribió para nosotros, para nuestros días. Debemos aplicar sus enseñanzas a nosotros mismos (1 Nefi 19:23).

Doctrina y Convenios nos dice que el Libro de Mormón es el registro de “un pueblo caído” (D. y C. 20:9). ¿Y por qué cayó ese pueblo? Ese es uno de los mensajes principales del Libro de Mormón. Mormón mismo da la respuesta en los últimos capítulos del libro con estas palabras:

“He aquí, el orgullo de esta nación, o sea el pueblo de los nefitas, ha sido la causa de su destrucción a menos que se arrepientan.” (Moroni 8:27.)

Y luego, no sea que podamos perder el significativo mensaje del Libro de Mormón que nos legó ese pueblo caído, el Señor nos advierte en Doctrina y Convenios: “Cuidaos del orgullo, no sea que lleguéis a ser como los nefitas de la antigüedad” (D. y C. 38:39).

Sinceramente deseo la ayuda de vuestra fe y

vuestras oraciones a! tratar de aclarar este mensaje del Libro de Mormón sobre el pecado del orgullo. Este es un mensaje que he tenido pesándome sobre el alma durante algún tiempo ya. Sé que el Señor quiere que os lo comunique ahora a vosotros.

En el concilio preterrenal, fue el orgullo lo que hizo caer a Lucifer, el hijo de la mañana (2 Nefi 24:12-15; D. y C. 76:25-27; Moisés 4:3). Al llegar el fin de este mundo, cuando Dios purifique la tierra con fuego, los orgullosos serán quemados como estopa y los mansos heredarán la tierra (3 Nefi 12:5, 25:1; D. y C. 29:9; JS-H 1:37; Malaquías 4:1).

En Doctrina y Convenios el Señor emplea tres veces la frase “cuídate del orgullo”, y hace una advertencia a propósito de él al segundo eider de la Iglesia, Oliverio Cowdery, y a Emma Smith, esposa del Profeta (D. y C. 23:1; 25:14; 38:39).

El orgullo es un pecado muy mal interpretado y muchos pecan en la ignorancia (Mosíah 3:11; 3 Nefi 6:18). En las Escrituras no hay nada que hable de un orgullo justo, sino que siempre se considera un pecado. Por lo tanto, sea cual sea la forma en que el mundo emplee la palabra, nosotros debemos entender la forma en que Dios la emplea para poder comprender el lenguaje de las Sagradas Escrituras y sacar provecho de ellas (2 Nefi 4:15; Mosíah 1:3-7; Alma 5:61).

La mayoría de nosotros piensa en el orgullo como egotismo, vanidad, jactancia, arrogancia o altivez; aunque todos éstos son elementos que forman parte de ese pecado, su núcleo no está en ellos.

La característica principal del orgullo es la enemistad: enemistad hacia Dios y enemistad hacia

nuestros semejantes. Enemistad significa "aversión, odio, resentimiento" u oposición. Es el poder por el cual Satanás desea dominarnos.

El orgullo en su naturaleza fomenta la competencia. Oponemos nuestra voluntad a la de Dios. Cuando lo hacemos blanco a El de nuestro orgullo, es con la actitud de decir: "Que se haga mi voluntad y no la tuya". Como dijo Pablo, "todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús" (Filipenses 2:21).

Nuestra voluntad en competencia con la de Dios deja que nuestros deseos, apetitos y pasiones corran desenfrenados (Alma 38:12; 3 Nefi 12:30). Los orgullosos no pueden aceptar que la autoridad de Dios dé dirección a su vida (Helamán 12:6). Ellos oponen sus percepciones de la verdad contra el conocimiento omnisciente de Dios, su capacidad contra el poder del Sacerdocio de Dios, sus propios logros contra las obras grandiosas de El. Nuestra enemistad contra Dios puede ir marcada con etiquetas variadas, como la rebelión, la dureza de corazón, la dureza de cerviz, la impiedad, la vanidad, la facilidad para ofenderse y el deseo de recibir señales. Los orgullosos quieren que Dios esté de acuerdo con ellos; pero no tienen interés en cambiar de opinión para que la suya esté de acuerdo con la de Dios.

Otro aspecto importante de este pecado tan prevaleciente es la enemistad hacia nuestros semejantes. Diariamente nos vemos tentados a elevarnos por encima de los demás y disminuirlos a ellos (Helamán 6:17; D.yC. 58:41).

Los orgullosos hacen de toda persona su adversario oponiendo a los demás su intelecto,

opiniones, trabajos, posesiones, talento y otros valores mundanos. Según las palabras de C. S. Lewis: "El orgullo no encuentra placer en poseer algo, sino en poseerlo en mayor cantidad que el vecino... Lo que nos enorgullece es la comparación, el placer de colocarnos por encima de los demás. Una vez que desaparece el elemento de competencia, el orgullo deja de existir." (Mere Christianity, Nueva York: Macmillan, 1952, págs. 109-110.)

En el concilio preterrenal, Lucifer presentó su propuesta en competencia con el plan del Padre, por el que Jesús abogaba (véase Moisés 4:13). Lucifer quería recibir honor por encima de todos los demás (2 Nefi 24:13). En resumen, su orgulloso deseo era destronar a Dios (D. y C. 29:36; 76:28).

Las Escrituras están repletas de evidencias de las graves consecuencias que trae el pecado del orgullo al hombre individualmente o en grupos, a las ciudades y las naciones. "Antes del quebrantamiento es [el

orgullo]" (Proverbios 16:18). Eso fue lo que destruyó a la nación nerita y a la ciudad de Sodoma (Moroni 8:27; Ezequiel 16:49-50).

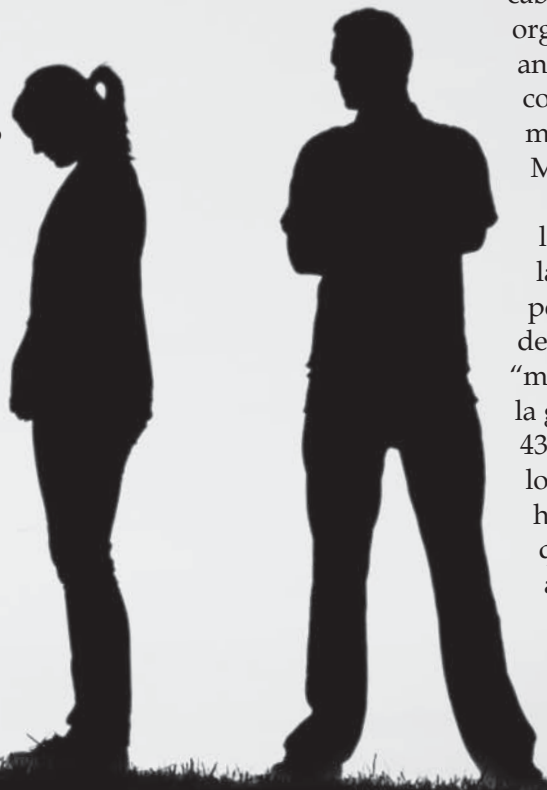
Por el orgullo Cristo fue crucificado. Los fariseos estaban irritados porque Jesús proclamaba ser el Hijo de Dios, lo cual ponía en peligro la posición de ellos, y por eso tramaron su muerte (Juan 11:53).

Saúl se convirtió en enemigo de David por causa del orgullo. Estaba celoso porque la multitud de las mujeres de Israel cantaban diciendo: "Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles" (1 Samuel 18:6-8).

Los orgullosos temen más al juicio de los hombres que al juicio de Dios (D. y C. 3:6-7; 30:1-2; 60:2). La idea "Qué pensarán los demás" pesa más para ellos que la de "Qué pensará Dios de mí".

El rey Noé estaba a punto de liberar al profeta Abinadí, pero sus malvados sacerdotes apelaron a su orgullo y esto envió a Abinadí a la hoguera (véase Mosíah 17:11-12). Herodes se entristeció ante la exigencia de su esposa de que le cortara la cabeza a Juan el Bautista; pero su orgulloso deseo de quedar bien ante los ojos "de los que estaban con él a la mesa" le hizo mandar matar a Juan (Mateo 14:9; Marcos 6:26).

El temor de los juicios de los hombres se manifiesta en la competencia que tiene lugar por lograr la aprobación de los demás. Los orgullosos aman "más la gloria de los hombres que la gloria de Dios" (Juan 12:42-43). El pecado se manifiesta en los motivos que tenemos para hacer lo que hacemos. Jesús dijo que El hacía siempre lo que le agradaba al Padre (Juan 8:29). ¿No sería mejor que nuestro motivo fuera agradecer a Dios



en lugar de tratar de colocarnos por encima de nuestros hermanos y tratar de superarlos?

A algunos orgullosos no les preocupa tanto que su salario sea suficiente para sus necesidades como que sea mayor de lo que ganan otros. Hallan su recompensa en estar un poquito por encima de los demás. Esta es la enemistad del orgullo.

Cuando el orgullo se apodera de nuestro corazón, perdemos nuestra independencia del mundo y entregamos nuestra libertad al cautiverio de los juicios humanos. La voz del mundo resuena más fuerte que los susurros del Espíritu Santo. El razonamiento de los hombres triunfa sobre las revelaciones de Dios y los orgullosos se sueltan de la barra de hierro (1 Nefi 8:19-28; 11:25; 15:23-24).

El orgullo es un pecado que se puede observar fácilmente en los demás, pero que raramente admitimos en nosotros mismos. La mayoría de nosotros lo considera un pecado de los que están en la cumbre, como los ricos y los eruditos, mirándonos a nosotros "por encima del hombro" (2 Nefi 9:42). Sin embargo, hay una dolencia mucho más común entre nosotros, y es la del orgullo de los que están abajo, mirando hacia arriba; éste se manifiesta de diversas formas, como la crítica, el chisme, la calumnia, la murmuración, la pretensión de gastar más de lo que tenemos, la envidia, la codicia, la supresión de la gratitud y el elogio que podrían elevar a otro, y el rencor y los celos.

La desobediencia es esencialmente una lucha orgullosa por el poder en contra de alguien que tiene autoridad sobre nosotros. Puede tratarse de los padres, de un líder del sacerdocio,

de un maestro y hasta de Dios. El orgulloso aborrece la idea de que haya alguien que esté por encima de él, pues piensa que esto rebaja su propia posición.

El egoísmo es uno de los aspectos más comunes del orgullo. "La forma en que todo me afecta a mí" es la idea central de lo que es importante para la persona: el orgullo de quién es, la autocompasión, el interés por la fama del mundo, la gratificación de los deseos personales y de los propios intereses.

El orgullo da como resultado combinaciones secretas que se establecen para lograr poder, "riquezas y la gloria del mundo" (Helamán 7:5; Éter 8:9, 16,22-23; Moisés 5:31). Este fruto del pecado del orgullo, es decir, las combinaciones secretas, destruyó a las civilizaciones de los Jareditas y los Neritas, y ha sido y será todavía la causa de la caída de muchas naciones (Éter 8:18-25).

Otro aspecto del orgullo es la contención. Las discusiones acaloradas, las peleas, el dominio injusto, las grandes brechas entre las generaciones, el divorcio, el abuso de cónyuges, los tumultos y disturbios, todos encajan en esta categoría del orgullo.

La contención en la familia aleja de ella al Espíritu del Señor; también aparta a muchas personas de su familia. Su expresión varía desde una palabra hostil hasta los conflictos mundiales. Las Escrituras nos dicen que "[el orgullo] concebirá contienda" (Proverbios 13:10; 28:25).

Las Escrituras testifican que los orgullosos se ofenden fácilmente y

guardan rencor por las ofensas (1 Nefi 16:1-3). Se niegan a perdonar a fin de mantener a la otra persona en el papel de deudor y de justificar sus malos sentimientos.

El orgulloso no acepta mansamente los consejos ni la corrección (Proverbios 15:10; Amos 5:10). Se pone a la defensiva para justificar sus debilidades y sus faltas (Mateo 3:9; Juan 6:30-59).

El orgulloso depende del mundo para que le diga si vale algo o no. Su autoestima se determina según el lugar en que se le juzgue en la escala del éxito mundano. Se considera de valor si la cantidad de personas que están por debajo de él en logros, talento, belleza o intelecto es bastante grande. El orgullo es muy malo. Su concepto es: "Si tú tienes éxito, yo soy un fracaso".

Si amamos a Dios, hacemos su voluntad y tememos su juicio más que el del hombre, sentiremos autoestima.

El orgullo es un pecado condenatorio en todo el sentido de la palabra y limita o detiene el progreso (Alma 12:10-11). El orgulloso no es maleable de enseñar (1 Nefi 15:3, 7:11); no cambia su manera de pensar para aceptar la verdad, porque eso implicaría que ha estado equivocado.

El orgullo afecta todas nuestras relaciones: la que tenemos con Dios y sus siervos, la de marido y mujer, de padres e hijos, de patrón y empleado, de maestro y alumno, y de toda la humanidad. Según el nivel a que esté nuestro orgullo, así trataremos a Dios y a nuestros hermanos. Cristo quiere elevarnos a su propia altura. ¿Deseamos nosotros lo mismo para nuestros semejantes?



El orgullo apaga nuestro sentido de que descendemos de Dios y que todos somos hermanos; nos separa y divide en clases, de acuerdo con nuestras "riquezas" y nuestras oportunidades de educación académica (3 Nefi 6:12). La unidad es imposible entre un pueblo orgulloso, y a menos que seamos uno, no somos del Señor (Mosiah 18:21; D. y C. 38:27, 105:2-4; Moisés 7:18).

Pensad en lo que nos ha costado el orgullo en el pasado y en el precio que pagamos por él ahora, nosotros mismos, nuestra familia, la Iglesia.

Pensad en el arrepentimiento que existiría con un cambio en la vida de las personas, con matrimonios sólidos, con hogares fuertes si el orgullo no nos impidiera confesar nuestros pecados y abandonarlos (D. y C. 58:43).

Pensad en los muchos miembros de la Iglesia que son menos activos porque han sido ofendidos y su orgullo no les permite perdonar ni sentarse a comer a la mesa del Señor.

Pensad en las decenas de miles de jóvenes y de matrimonios que podrían estar en misiones si no fuera por el orgullo que les impide entregar por completo su corazón a Dios (Alma 10:6; Helamán 3:34-35).

Pensad en cuánto aumentaría la obra del templo si fuera más importante dedicarnos a ese servicio sagrado que a los diversos intereses vanos que nos roban el tiempo.

El orgullo nos afecta a todos, en momentos diferentes y con distinta intensidad. En esto se puede ver por qué el edificio que estaba en el sueño de Lehi y que representaba "el orgullo del mundo" era "vasto y espacioso"

y se reunieron en él grandes multitudes (1 Nefi 8:26, 33; 11:35-36).

El orgullo es el pecado universal, el gran vicio. Sí, es el pecado universal, el gran vicio.

Su antídoto es la humildad, la mansedumbre, la docilidad (Alma 7:23). Es el corazón quebrantado y el espíritu contrito (3 Nefi 9:20, 12:19; D. y C. 20:37, 59:8; Salmos 34:18; Isaías 57:15, 66:2). Como lo expresó tan acertadamente Rudyard Kipling en un himno:

"Huecos los gritos y el clamor, los reyes vano poder son. Este sacrificio quiere el Señor: un contrito y humilde corazón." Dios de las huestes, gran Jehová, no nos permitas olvidar, no nos permitas olvidar." (Traducción libre. Véase "Dios de nuestros padres", Himnos, 113.)

Dios quiere un pueblo humilde. Podemos elegir entre ser humildes por decisión propia o porque se nos obligue a serlo. Alma dijo: "Benditos son aquellos que se humillan sin ser obligados a ser humildes" (Alma 32:16). Por lo tanto, tomemos la decisión de ser humildes

Podemos ser humildes venciendo la enemistad hacia nuestros hermanos, amándolos como a nosotros mismos y elevándolos hasta nuestra altura o por encima de nosotros (D. y C. 38:24; 81:5; 84:106).

Podemos ser humildes aceptando los consejos y las amonestaciones que se nos dan (Jacob 4:10; Helamán 15:3; D. y C. 63:55, 101:4-5, 108:1; 124:61, 84; 136:31; Proverbios 9:8).

Podemos ser humildes perdonando a aquellos que nos hayan ofendido (3 Nefi 13:11, 14; D. y C. 64:10).

Podemos ser humildes sirviendo con abnegación (Mosiah 3:16-17).

Podemos ser humildes

cumpliendo misiones y predicando la palabra que hará humildes también a otras personas (Alma 4:19; 31:35; 48:20).

Podemos ser humildes asistiendo con más frecuencia al templo. Podemos ser humildes confesando y abandonando nuestros pecados y naciendo nuevamente de Dios (D. y C. 58:43; Mosiah 27:25-26; Alma 5:7-14, 49).

Podemos ser humildes amando a Dios, sometiendo nuestra voluntad a la suya y dándole a El el lugar de prioridad en nuestra vida (3 Nefi 11:11, 13:33; Moroni 10:32).

Tomemos la decisión de ser humildes. Podemos hacerlo; yo sé que podemos.

Mis queridos hermanos, debemos prepararnos para redimir a Sión. Lo que nos impidió establecer a Sión en los días del profeta José Smith fue principalmente el pecado del orgullo. Y este mismo pecado fue lo que puso fin al cumplimiento de la ley de consagración entre los nefitas (4 Nefi 1:24-25).

El orgullo es la gran piedra de tropiezo para Sión. Repito, el orgullo *es la gran piedra de tropiezo para Sión.*

Debemos limpiar lo interior del vaso venciendo el orgullo (Alma 6:2-4; Mateo 23:25-26).

Debemos someternos "al influjo del Espíritu Santo", despojarnos "del hombre natural" orgulloso, convertirnos en santos por medio de "la expiación de Cristo el Señor" y volvernos como niños: sumisos, mansos, humildes (Mosiah 3:19; Alma 13:28).

Que podamos hacerlo así y seguir adelante cumpliendo nuestro destino divino, es mi ferviente oración, en el nombre de Jesucristo. Amén. ♦



FUNCIONES DE LDS TOOLS

Lds Tools es una app diseñada por la Iglesia donde miembros y líderes pueden **descargar y consultar:**



Directorio

Localicé rápidamente a un miembro de su unidad

Llamamientos

Consulte los llamamientos por organizaciones



Listas

Cree listas para un rápido acceso y envíe mensajes masivos

Calendario

Verifique las próximas actividades



Estadísticas

Como líder analice el desempeño de la unidad

Centros de Reuniones

Localicé centros de reuniones cerca de usted



Liaison MEXICO

Descargue la aplicación desde [lds.org](https://www.lds.org) o en:

